

Reseñas

Luis Salazar, *Sobre las ruinas. Política, democracia y socialismo*, México, Cal y Arena, 1993, 285 pp.

Una de las fases más interesantes del presunto “pensamiento crítico” es la que cuestiona, por una “lógica inherente”, sus propios fundamentos. Es decir, cuando, *à la Heidegger*, busca su legitimidad basándose en una “pregunta por la pregunta”. Este ejercicio filosófico se ha dado en un buen número de corrientes ideológicas, y ha conducido a rupturas gnoseológicas, revisionismos históricos, yuxtaposiciones metodológicas, genuflexiones heurísticas, apresurados torniquetes semánticos, retornos terapéuticos al origen o, en ocasiones, simples señalamientos inocuos que no conducen más que a complicar el *corpus* original del pensamiento.

El libro de Luis Salazar, *Sobre las ruinas. Política, democracia y socialismo*, a pesar de su esfuerzo por volver a pensar las posibilidades del socialismo, escasea en lo que intenta proponer: un diálogo plural y abierto para superar las limitaciones del socialismo marxista, un poco a la manera en que Marcuse orientó su análisis sobre el marxismo soviético.

Durante el primer cuarto de este siglo, Moeller van den Bruck precisó que “allí donde terminaba el marxismo, allí comenzaba el socialismo”. En esta recopilación de textos de Salazar, su intento por ir más allá del marxismo es infructuoso, pues aunque en ocasiones aduce un diálogo crítico con pensadores como Colletti, Althusser, Bobbio, Bovero, Paramio o Gramsci, en realidad se trata siempre de un monólogo en donde Marx semeja, en la interpretación de Salazar, un inocente curandero minusválido que tiene por escenario las pandemias sociales que hacen tiritar las coordenadas geopolíticas del mundo.

Ante los acontecimientos que tienden, lamentablemente, a homologar más al planeta en el código de valores de la aldea global, la caída de los regímenes de fundamentación marxista parece haber producido en Salazar un desencanto a destiempo. Es como si se hubiera realizado la lectura testamentaria anticipándose a la muerte de los padres, sin herencia alguna y todavía con los pendientes de los gastos por sufragar, antes de asistir paupérrimamente a la inhumación en la fosa común de la historia. Esto es evidente cuando nos percatamos de que en el libro no existe una confrontación de las anotaciones de Salazar con las ideas de Kostas Papaioannou, Isaiah Berlín o Cornelius Castoriadis, por citar a algunos autores que le habrían proporcionado una

mayor amplitud de miras, una mayor contrastación crítica y una depuración auténtica de sus premisas de análisis filosófico y sociológico.

El desencanto a destiempo es tratado con cierta acritud por Salazar en los capítulos V y VI, en donde al tránsito de un socialismo “científico” a otro *factible* (Paramio), Salazar apuesta por uno *prosaico* (*sic*). Decimos que es a destiempo porque muchos autores, incluso mexicanos como Jorge Cuesta y Rubén Salazar Mallén, atisbaron con anticipación el germen sojuzgante del marxismo práctico. Este concepto al que alude el autor (*prosaico*) nos hace suponer una nueva modalidad para el *marketing* ideológico socialista, que busca reducir categorías de mayor elaboración analítica a consignas políticas que evidencian la indigencia conceptual de la “apuesta” *neoiluminista* del autor. El vacío epistemológico es una de las características del estadio terminal de una ideología, como ha sugerido François Châtelet. Sin embargo, es importante tener presente que, como anota David Easton, en un esquema de análisis político (no de filosofía política), los conceptos no son ni buenos ni malos sino menos o más útiles. Más que demostrar el origen de las ruinas, Salazar parece regodearse en buscar en los escombros los enseres abandonados de las víctimas. La tarea del filósofo, según Karl Popper, no es buscar la verdad sino demostrar el error.

El libro contiene quince ensayos, escritos entre 1985 y 1992, los cuales buscan vindicar y conciliar valores antagónicos: democracia liberal, liberalismo, individualismo y socialismo, ciertamente con un afán crítico pero limitado a las posibilidades acrobático-teóricas del propio Salazar, por lo que a veces se erige no como el representante de una corriente teórica más amplia, sino como el espectro apodíctico que se mece en un trapecio, catapultado por el salto mortal de sus propias observaciones.

No podemos afirmar que en el libro se bosqueje un modelo de libertad del “pensamiento crítico”, porque el autor sucumbe con frecuencia ante sí por su aferramiento a las notas de la escolástica universitaria. Así, al analizar el pensamiento de Michel Foucault, y en especial su cuestionamiento de la cientificidad, afirma: “Hasta las teorías psicoanalíticas y marxistas han caído así bajo sospecha.” Esta aseveración causa admiración por un doble motivo: primero, porque él mismo se había propuesto la superación de las premisas marxistas para depurar el socialismo y convertirlo en un objeto más moderno de consumo y, en segundo lugar, porque la acientificidad de la historia y del psicoanálisis ha sido uno de los temas más debatidos entre los paradigmas contemporáneos. Y no hablamos sólo de la historia o del freudismo, sino de toda una gama de escuelas que han reconocido una zona oscura para la explicación de fenómenos de diversa naturaleza, en donde muchos de los parámetros ortodoxos y heterodoxos de la ciencia no son aplicables.

Una de las tesis de las que parte Salazar es la revaluación de la filosofía política como imperiosa respuesta a las necesidades actuales del mundo. Este deseo, en sí, es valioso porque demuestra una actitud más renovadora para la discusión de los proyectos políticos. No obstante, parece que el autor desconoce muchos de los elementos que conforman las teorías políticas actuales, como por ejemplo el análisis y la conducta en torno de los mitos, que es una

veta importante para profundizar con mayores instrumentos de análisis en el ejercicio del poder público, tanto nacional como internacional. Opuesto al concepto de razón que plantea Salazar, el estudio de diversas disciplinas que tienen que ver con motivaciones de conducta individual y gregaria conducen a un cuestionamiento de la razón misma en su acepción "iluminista", a la que el mismo Max Weber consideró de manera peculiar como instrumento de dominación. En este sentido, es sintomático que el autor no se haya ocupado, por ejemplo, de Régis Debray, quien elabora un minucioso análisis crítico de la razón política en su libro *Critique de la raison politique ou l'inconscient religieux* (París, Gallimard, Tel, núm. 113, 1987, 437 pp.; hay traducción al español), que, por lo demás, contiene sugestivas ideas para elaborar un concepto de racionalidad lejano a un hipotético *neoiluminismo*. Una de las conclusiones interesantes que se plantea Debray es acerca del origen del poder de las ideologías; a la pregunta ¿de dónde proviene tal poder, responde: "de todos lados, excepto de las ideologías mismas", y añade "ésta es la *mixtificación* suprema del marxismo".

Salazar piensa que es necesario un *neoiluminismo* que tenga a la razón como centro del que deberían difuminarse los rayos de la acción política. No es necesario recordar a Goya para conocer los monstruos de la razón. Kant, de acuerdo con Heidegger, es uno de los más agudos críticos de la razón entendida como el engranaje interno de la metafísica, pero es Hegel el que propone al Estado como fructificación del avance de la razón.

Un *neoiluminismo* implicaría, ciertamente, una contramarcha catastrófica en la que la violencia no sólo no estaría excluida sino que, tal vez, sería su principal corolario. Pensemos en el Marqués de Sade como uno de los epígonos más adelantados del iluminismo dieciochesco, para aterrarnos con la apuesta ideológica de Salazar. No en vano el recientemente fallecido escritor francés Pierre Gripari antepuso al "siglo de las luces", la "luz de los siglos".

Joseph Talmon, en su revelador ensayo sobre la democracia totalitaria, nos ha avisado sobre el peligro de confiar nuestro destino al *pathos* iluminista de la razón, porque excluye la integridad del ser, es decir, la integridad de lo humano, en donde tiene lugar, como parte y no como todo, el hecho político y el *factum* del poder.

El análisis que en apariencia realiza Salazar sobre Dahrendorf, Hirschman y Schmitt (capítulo XI, titulado "Política, democracia, liberalismo y socialismo") únicamente sirve para confirmarnos que, como ortopedia forzosa, trata de introducir elementos conceptuales de distintas teorías para rehacer las "prótesis" marxistas, de manera tal que despoja a unos y a otros de su profundidad analítica para construir un Frankenstein pacifista, prudente y ronroneador. Me explico: incapaz de acometer una auténtica síntesis, Salazar recoge arbitrariamente elementos aislados, que impiden no solamente la comprensión cabal de algunos de los pensadores citados, sino que inducen a "neoiluminaciones" más que a una interpretación diáfana. Así, por ejemplo, de Hirschman no explica el papel central que desempeña la iniciativa individual en su concepción acerca de la acción comunitaria (que no social ni socialista), lo

que puede llevar a pensar, a los estudiantes para quienes escribió este libro, que se trata de un representante reformista del socialismo, cuando en realidad es uno de los teóricos del neoliberalismo político más polémicos. O, por otro lado, a pesar de que analiza con cierto detalle algunas ideas de Carl Schmitt acerca del concepto de lo político, parece desconocer el alcance que la “razón instrumental” tuvo en otras obras del mismo estudioso y que sirvieron para justificar la dictadura; de allí que en ocasiones la democracia pareciera más una oportunidad coyuntural, y la dictadura, una razón estructurada. Esos sesgos explicativos de Salazar hablan indudablemente del revisionismo de una apuesta que finca su suerte en una combinatoria de parcialidades con el magro festín del marxismo histórico.

Como lector de Foucault, el autor reconoce que ninguna voluntad de saber está desvinculada de una voluntad de poder. Por eso, sus observaciones pretenden concatenarse a un proyecto político de perspectivas que superan lo meramente académico o libresco. Empero, en su conjunto, los ensayos carecen de la originalidad necesaria para propiciar una polémica perdurable. Sus finalidades parecen más bien didácticas, y en ocasiones se trata de meras justificaciones para normar el criterio de algunos “socialistas” que, sin horizontes de acción sobre la realidad política, han emprendido una fuga hacia suelos más feraces y hacia mesas ubérrimas, para decantar sus monólogos y su solipsismo.

De esta manera, el libro de Salazar –especie de “manual de un socialista distraído”– intenta no un análisis sino una reconciliación de un pasado de fisuras con un presente de incertidumbres. El autor nos señala que vivimos una época de “crisis de alternativas”; estas ruinas que vemos de Salazar son una muestra fehaciente de ello. Tal vez el pensar de Salazar se ajusta a lo que apunta Foucault: “pensar ni consuela ni hace feliz. Pensar se arrastra lánguidamente como una perversión”.

JOSÉ ANTONIO HERNÁNDEZ GARCÍA

Miguel García Reyes y María Guadalupe López de Llergo, *Cuba después de la era soviética*, México, El Colegio de México, 1994, 300 pp.

En la última década del siglo, el mundo experimenta un proceso de cambio caracterizado por la globalización económica y la democratización política. El derrumbe del llamado sistema socialista y el traspaso del poder por parte de las dictaduras militares latinoamericanas a regímenes de transición democrática parecen indicar que el signo de la época es el triunfo del mercado sobre la intervención estatal y de la ideología liberal sobre la socialista.

En medio de esta euforia neoliberal, la permanencia y aparente inmutabilidad del régimen cubano suscita numerosas –y a menudo contradictorias– reflexiones en torno a sus causas, posibilidades y escenarios futuros.